Joseph Conrad

El agente secreto

Un relato sencillo

Traducción de Alberto Adell

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *The Secret Agent*

Primera edición: 1994
Tercera edición: 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y nota del traductor: Herederos de Alberto Martínez Adell, 1994
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1994, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-005-0
Depósito legal: M.6111-2025
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11 Prefacio
21 Capítulo 1
30 Capítulo 2
62 Capítulo 3
84 Capítulo 4
105 Capítulo 5
131 Capítulo 6
163 Capítulo 7
182 Capítulo 8
214 Capítulo 9
247 Capítulo 10
263 Capítulo 11
303 Capítulo 12
341 Capítulo 13

352 Nota del traductor

A H. G. Wells,
cronista del amor del señor Lewisham,
biógrafo de Kipps
e historiador del futuro,
ofrezco con afecto
este relato sencillo del siglo XIX

Prefacio

El origen de *El agente secreto,* tema, tratamiento, intención artística, y cualquier otro motivo que pueda mover a un autor a tomar la pluma, puede encontrarse, a mi parecer, en una época de reacción intelectual y emocional.

Lo cierto es que comencé este libro por impulso y lo escribí sin parar. Cuando, a su debido tiempo, fue encuadernado y ofrecido al público, se me censuró el haberlo hecho. Algunos de los reproches eran duros; otros ofrecían una nota de lamentación. No tengo ante mí los textos, pero recuerdo perfectamente el argumento en líneas generales, que era muy sencillo; y también mi sorpresa por su naturaleza. Todo esto parece hoy una historia muy vieja. Y, sin embargo, no hace tanto tiempo. Debo sacar la consecuencia de que, en 1907, yo conservaba todavía gran parte de mi inocencia primitiva. Me parece hoy que hasta un ingenuo podía haber previsto que algunas críticas se fundarían en el ambiente innoble y la miseria moral de la narración.

Esto constituye, por supuesto, una seria objeción. No fue general. Es más, parece poco generoso el recordar una censura tan reducida entre tanta valoración inteligente y favorable; y confío en que los lectores de este Prefacio no se apresuren a atribuirlo a la vanidad lastimada, o a una tendencia natural a la ingratitud. Yo diría que un espíritu caritativo podría atribuir mi preferencia a una modestia natural. Y, sin embargo, no es exactamente la modestia lo que me hace elegir la censura como ejemplo de mi caso. No, no es exactamente modestia. No estoy muy seguro de ser modesto; pero cuantos han venido leyendo mi obra hasta la fecha, me reconocerán la suficiente dignidad, tacto, savoir faire, o lo que se quiera, como para impedirme el convertir las palabras ajenas en un himno para mi glorificación. ¡No! El verdadero motivo de mi elección se encuentra en un rasgo muy diferente. Siempre he tenido cierta tendencia a justificar mis actos. No a defenderlos. A justificarlos. No a insistir en que tenía razón, sino, simplemente, a explicar que en lo más hondo de mis impulsos no había mala intención, no existía un desprecio secreto hacia los sentimientos naturales de la humanidad.

Esta especie de debilidad tiene el único peligro de exponerle a uno al riesgo de convertirse en un pelmazo; porque, por lo general, el mundo no se interesa por los motivos de un acto manifiesto, sino por sus consecuencias. El hombre puede sonreír y sonreír, pero no es un animal investigador. Ama lo evidente. Huye de las explicaciones. Sin embargo, seguiré con las mías. Es evidente que no necesitaba haber escrito aquel libro. No tenía obligación alguna de tratar aquel tema, y empleo la palabra «tema» tanto en el sentido de la narración en sí como en el más amplio de una manifesta-

ción especial en la vida de la humanidad. Esto es algo que admito por completo. Pero nunca ha pasado por mi cabeza la idea de utilizar lo feo con intención de escandalizar, o tan solo sorprender, a mis lectores con un cambio de táctica. Al hacer esta afirmación espero que se me crea, no solamente por el testimonio de mi carácter en general, sino también por la razón, evidente para todos, que el completo tratamiento de la narración, la indignación que lo inspiró y la compasión y el desprecio subyacentes, demuestran mi alejamiento de la miseria y la abyección que se encuentran, simplemente, en las circunstancias exteriores del escenario.

El comienzo de *El agente secreto* siguió inmediatamente al período de dos años de intensa absorción en la tarea de escribir una novela exótica, *Nostromo*, con su remota atmósfera latinoamericana, y el profundamente personal *El espejo del mar.* La primera, un intenso esfuerzo creador de lo que supongo será siempre mi más vasto panorama; el segundo, una tentativa sin inhibiciones de desvelar por un momento las más profundas intimidades del mar, y las influencias formativas de casi la mitad de mi vida. Fue también un período en el que mi sentido de la verdad de las cosas estaba acompañado por una disposición emocional e imaginativa muy intensa, que, por auténtica y fiel a los hechos que fuera, me hacía sentirme (una vez dado fin a la tarea), como si quedase rezagado, sin dirección entre meras apariencias de sensaciones y perdido en un mundo de otros valores inferiores.

No sé si en realidad sentí que necesitaba un cambio, un cambio en mi imaginación, en mi visión y en mi actitud mental. Más bien creo que un cambio en el temperamento básico se había producido ya en mí sin percibirlo. No recuerdo que ocurriera nada en concreto. Terminado *El espejo del mar* con

plena conciencia de que había jugado honestamente conmigo mismo y con mis lectores en todas las páginas de aquel libro, me abandoné a un no desagradable descanso. Entonces, cuando estaba aún en suspenso, como si dijéramos, y desde luego sin pensar en apartarme de mi camino para ir a la búsqueda de algo repelente, di con el tema de *El agente secreto* —quiero decir la historia— en forma de ciertas palabras dichas por un amigo durante una conversación fortuita sobre los anarquistas, o, mejor dicho, las actividades anarquistas; no recuerdo ahora por qué surgió la conversación.

Recuerdo, sin embargo, haber hecho una observación sobre la criminal inutilidad de todo ello, doctrina, acción y mentalidad, y sobre el despreciable aspecto de una actitud semidemencial, como un descarado engaño que explota las patéticas desgracias y las apasionadas credulidades de una humanidad siempre tan trágicamente dispuesta a destruirse a sí misma. Eso era, en mi opinión, lo que hacían tan imperdonables sus pretensiones filosóficas. De aquí, pasando a ejemplos determinados, recordamos la ya vieja historia del intento de volar el observatorio de Greenwich; una sangrienta insensatez tan enormemente estúpida que resulta imposible desentrañar su origen por ningún proceso mental razonable, o incluso irracional. Porque la sinrazón perversa tiene sus propios procesos lógicos. Pero aquel atentado no podía ser concebido mentalmente en ninguna forma, de modo que uno quedaba ante el hecho de un hombre hecho pedazos por nada que pudiera, ni en lo más remoto, parecer una idea, anarquista o no. En cuanto al muro exterior del observatorio, no sufrió ni la más ligera grieta.

Señalé todo esto a mi amigo, que permaneció callado algún tiempo, y después observó, en su acostumbrado tono

fortuito y omnisciente: «Ah, aquel tipo era medio idiota. Su hermana se suicidó después». estas fueron absolutamente las únicas palabras que se cruzaron entre nosotros; ya que la enorme sorpresa ante esta inesperada información me dejó sin palabras por un momento y él pasó a hablar de otra cosa. Nunca se me ocurrió preguntarle después cómo se había enterado. Estoy seguro de que a lo más que llegaba su relación con los bajos fondos era el haber acaso visto en su vida a un anarquista por la espalda. Se trataba, sin embargo, de un hombre que gustaba de hablar con toda clase de gentes, y pudo haber recogido aquellos datos esclarecedores de segunda o tercera mano, de un barrendero, de un guardia retirado, de algún anónimo miembro de su club, o, incluso, de algún ministro a quien había conocido en alguna recepción pública o privada.

De la virtud esclarecedora no cabía duda alguna. Uno se sentía como pasando de un bosque a una llanura; no había mucho que ver, pero se disponía de mucha luz. No, no había mucho que ver, y, la verdad, durante bastante tiempo ni siquiera intenté ver nada. Solo quedó la impresión esclarecedora. Continuaba siendo satisfactoria, pero de una forma pasiva. Luego, como una semana después, di con un libro que, según creo, nunca alcanzó notoriedad alguna: las memorias, bastante concisas, de un jefe de la policía, hombre sin duda eficiente, con una honda veta religiosa en su carácter, que fue nombrado para el puesto en tiempos de los atentados con bombas en Londres, hacia mil ochocientos ochenta y tantos. El libro era relativamente interesante, muy discreto, por supuesto, y ya he olvidado la mayoría de su contenido. No incluía revelaciones, rozaba los temas agradablemente, y eso era todo. Ni siquiera trataré de explicar

por qué me sentí interesado por un pasaje de unas siete líneas, en el que el autor (creo que su nombre era Anderson) reproducía un breve diálogo en la antecámara de los Comunes, tras de un inesperado atentado anarquista, con el ministro del Interior. Creo que lo era entonces sir William Harcourt. El ministro estaba indignado, y el funcionario daba toda clase de excusas. De las tres frases que se cruzaron entre ellos, la que más me impresionó fue el colérico exabrupto de sir W. Harcourt: «Todo eso está muy bien. Pero la idea de secreto que tienen ustedes, los de allá enfrente, parece consistir en mantener al ministro del Interior en la ignorancia». Esto era bastante característico del genio de sir W. Harcourt, pero no gran cosa en sí. Debía de haber, sin embargo, una atmósfera especial en el incidente en conjunto, porque al momento me sentí estimulado. Y entonces se produjo en mi mente lo que un estudioso de química entendería mejor por la analogía de la adición de una gota minúscula, la adecuada, que precipita el proceso de cristalización en una probeta que contiene alguna solución incolora.

Fue para mí al comienzo un cambio mental, que removió una imaginación en calma, en la que formas extrañas, de agudos perfiles, pero percibidas imperfectamente, aparecían y reclamaban atención, como hacen los cristales, con sus figuras extrañas y sorprendentes. Uno se veía impulsado ante el fenómeno a meditar hasta sobre el pasado, sobre América del Sur, un continente de luz violenta y de revoluciones brutales, sobre el mar, de la gran extensión de agua salada, espejo de ceños y sonrisas del cielo, reflector de la luz del mundo. Luego se presentó la imagen de una ciudad enorme, de una ciudad monstruosa, más habitada que ciertos continentes, y, en su energía debida al hombre, como indi-

ferente a los ceños y a las sonrisas del cielo; un devorador cruel de la luz del mundo. Había allí espacio suficiente para localizar cualquier historia, hondura suficiente para cualquier pasión, variedad suficiente para cualquier decorado, oscuridad suficiente para enterrar cinco millones de vidas.

De forma irresistible, la ciudad se convirtió en el telón de fondo del siguiente período de meditaciones profundas y experimentales. Perspectivas sin fin se abrían ante mí en diferentes direcciones. ¡Llevaría años el encontrar el camino acertado! Parecía llevar años... Lentamente, la incipiente noción de la pasión maternal de la señora Verloc fue creciendo, hasta convertirse en una llama interpuesta entre mí y aquel fondo, tiñéndolo con su secreto fervor y recibiendo de él, en cambio, algo de su natural colorido sombrío. Al final, la historia de Winnie Verloc se destacó completa, desde su infancia hasta el final, desproporcionada todavía, cada detalle aún en el primer plano, como si dijésemos, pero ya dispuesta para ser elaborada. Fue un asunto que me llevó unos tres días.

Este libro es aquella historia, reducida a proporciones convenientes, todo su desarrollo sugerido por la absurda salvajada de la explosión de Greenwich Park y centrado en torno a ella. Tuve en ello una labor, no diré dura, sino de la dificultad más apasionante. Pero tenía que hacerse. Era necesario. Las figuras agrupadas en torno a la señora Verloc y relacionadas, directa o indirectamente, con su trágica sospecha de que «la vida no resiste el que se la examine», son el resultado de esta misma necesidad. Personalmente, nunca he abrigado duda alguna en cuanto a la realidad de la historia de la señora Verloc; pero tenía que ser rescatada de su oscuridad en aquella ciudad inmensa, tenía que hacerse

creíble, no me refiero tanto a su alma, como al entorno de ella; no tanto a su psicología, como a su humanidad. Porque sugerencias para el escenario no faltaban precisamente. Tuve que esforzarme en apartar de mi pluma los recuerdos de mis paseos, solitarios y nocturnos, por todo el Londres de mis primeros tiempos, no fueran a precipitarse e inundar las páginas de la historia, a medida que estas iban naciendo sucesivamente de un espíritu, tan serio en sentimiento y en emoción, como cualquier otro en que haya escrito una línea. En este sentido, creo que *El agente secreto* es una obra sincera. Hasta la intención puramente artística, la de aplicar un método irónico a un tema de este tipo, fue adoptada con deliberación y con la seria creencia de que solo un tratamiento irónico me permitiría decir cuanto sentía que debía decir, tanto con desprecio como con compasión. Es una de las pequeñas satisfacciones de mi vida de escritor el que, habiendo tomado aquella decisión, fui capaz, me parece, de llevarla hasta el fin. En cuanto a las figuras que la necesidad del caso —el caso de la señora Verloc— hace aparecer ante el fondo de Londres, también obtuve de ellas esas pequeñas satisfacciones que significan tanto en realidad, comparadas con la masa de dudas angustiosas que, con tanta persistencia, rodean cualquier intento de una obra de creación. Por ejemplo, del propio señor Vladimir —justificado objeto para un tratamiento caricaturesco—, me satisfizo saber que un hombre de experiencia mundana había dicho que «Conrad debe de haber estado en contacto con estos círculos, a no ser que posea una intuición excelente», porque el señor Vladimir era «no solamente posible en el detalle, sino absolutamente correcto en lo esencial». Después, un visitante norteamericano me informó de que refugiados

políticos de toda clase en Nueva York tenían por seguro que el libro estaba escrito por alguien con perfecto conocimiento de su medio. Esto me pareció un singular elogio, teniendo en cuenta que, en honor a la verdad, yo conozco aún menos de ellos que mi omnisciente amigo, el que me había dado la primera sugerencia para la novela. No dudo, sin embargo, que hubo momentos durante la redacción del libro en que yo me sentía un extremista revolucionario, no diría que más convencido que ellos, pero ciertamente fiel a un propósito con mucha mayor concentración que ninguno de ellos lo fuera en el curso de sus vidas. No digo esto por jactancia. No hacía más que atender a mi labor. En lo que se refiere a todos mis libros, no he hecho más que ocuparme de mi labor. Me he ocupado en ella con entrega absoluta. Y esta afirmación tampoco es jactancia. No hubiera podido obrar de otro modo. Me hubiera aburrido demasiado el fingirlo.

Las sugerencias para ciertos personajes del relato, tanto los que están dentro como fuera de la ley, proceden de diferentes fuentes, que, quizá, aquí y allá, haya reconocido algún lector. No son muy oscuras. Pero no es mi objeto justificar aquí a ninguno de estos tipos, e incluso en cuanto a mi opinión general sobre las reacciones morales entre el delincuente y la policía, todo cuanto me atreveré a decir es que me parece por lo menos discutible.

Los doce años que han pasado desde la publicación del libro no han variado mi actitud. No lamento el haberlo escrito. Recientemente, circunstancias que nada tienen que ver con el sentido general de este Prefacio, me han obligado a despojar al relato del manto de indignado desdén que tanto trabajo me costó confeccionar a su medida hace años. Me

he visto obligado, como si dijéramos, a contemplar su esqueleto. Confieso que es un esqueleto siniestro. Pero aun así me permito decir que, al narrar la historia de Winnie Verloc hasta su final anárquico de total abandono, locura y desesperación, y al contarlo como lo he contado aquí, no he tenido la intención de herir injustificadamente los sentimientos de la humanidad.

J. C.
1920

Capítulo 1

Al salir por las mañanas, el señor Verloc dejaba la tienda nominalmente en manos de su cuñado. No importaba, porque nunca había gran movimiento en la tienda, y, prácticamente, ninguno antes de anochecer. El señor Verloc no se preocupaba gran cosa de su negocio aparente. Aparte de que su mujer quedaba a cargo del cuñado.

La tienda era pequeña, como la casa. Era una de aquellas mugrientas casas de ladrillo que tanto abundaban antes de que la era de la reconstrucción amaneciera sobre Londres. La tienda era una especie de caja cuadrada, con la fachada guarnecida de pequeños cristales. La puerta permanecía cerrada durante el día; por la noche estaba, discreta pero sospechosamente, entreabierta.

El escaparate contenía fotografías de bailarinas más o menos desvestidas; inclasificables paquetes envueltos como medicinas; sobres de papel amarillo, cerrados y muy ligeros, y marcados con grandes números negros a dos chelines y

medio; algunos números de viejas revistas festivas francesas colgados de una cuerda como puestos a secar; un mísero cuenco de porcelana azul; un cofrecito de madera negra; frascos de tinta de marcar, y sellos de caucho; algunos libros, con títulos sugerentes de indecencia; unos pocos ejemplares, al parecer atrasados, de periódicos misteriosos, malamente impresos, con títulos como La Antorcha, La Campana... títulos provocadores. Y los dos mecheros de gas del escaparate lucían siempre a media luz, bien por razón de economía o por razón de los clientes.

Estos clientes eran, o bien hombres muy jóvenes, que se detenían algún tiempo ante el escaparate, para entrar después, subrepticia y rápidamente, o bien hombres maduros, pero que no parecían, por lo general, disponer de dinero. Algunos de estos últimos llevaban subido el cuello del abrigo hasta el bigote, y huellas de barro en los bajos de sus pantalones, que tenían la apariencia de estar muy gastados y no ser de muy alto precio. Y las piernas que había en su interior tampoco parecían, por regla general, valer mucho. Con las manos embutidas profundamente en los bolsillos del abrigo, se colaban de lado, empujando con el hombro, como asustados de hacer sonar la campanilla.

La campanilla, colgada sobre la puerta por un fleje de acero, resultaba difícil de evitar. Estaba cascada sin remedio; pero por las tardes, a la más ligera provocación, repiqueteaba tras el cliente con una insolente violencia.

Repiqueteaba la campanilla, y a aquella señal, a través de la sucia puerta vidriera tras el mostrador de pino pintado, el señor Verloc asomaba rápidamente de la trastienda. Sus ojos eran de por sí soñolientos; tenía el aspecto de haberse estado revolcando vestido el día entero en una cama deshe-

cha. Otro cualquiera hubiera considerado aquella apariencia como una desventaja notoria. En una relación comercial al por menor, mucho depende del atractivo y de la amabilidad del vendedor. Pero el señor Verloc conocía su negocio y permanecía indiferente acerca de cualquier duda estética sobre su apariencia. Con una insolencia resuelta e imperturbable, que parecía encerrar una espantosa amenaza, se disponía a vender un objeto que, obvia y escandalosamente, no parecía valer el dinero implicado en la transacción; una menuda caja de cartón aparentemente vacía, por ejemplo; o uno de aquellos ligeros sobres amarillos, cuidadosamente cerrados; o un manoseado libro en rústica, de título sugestivo. De vez en cuando se vendía una de las bailarinas, descolorida y amarilla, a un aficionado, como si se tratase de una viva y joven.

A veces era la señora Verloc la que comparecía a la convocatoria de la campanilla cascada. Winnie Verloc era joven, de amplio busto encorsetado y anchas caderas. Iba siempre muy repeinada. Imperturbable, como su esposo, mantenía un aspecto de insondable indiferencia tras el parapeto del mostrador. Entonces el cliente comparativamente más joven sentía la súbita turbación de tener que tratar con una mujer y, con íntima indignación, pedía un frasco de tinta indeleble, por el valor en comercio de seis peniques (tres veces superior en la tienda del señor Verloc), que, ya en la calle, tiraba con disimulo en la alcantarilla.

Los visitantes nocturnos —los hombres de cuello alzado y sombrero calado hasta los ojos— saludaban familiarmente a la señora Verloc y, con un saludo entre dientes, levantaban la cortina al final del mostrador para pasar a la sala del fondo, de la que partían un pasillo y una empinada escalera.

La puerta de la tienda era la única entrada de la casa en la que el señor Verloc ejercía su negocio de vendedor de artículos dudosos, cumplía su vocación de protector de la sociedad y cultivaba sus virtudes domésticas. estas eran muy señaladas. Era un hombre muy hogareño. Ninguna de sus necesidades, espirituales, mentales o físicas, eran de aquellas que le obligasen a salir de casa. En el hogar encontraba la comodidad de su cuerpo y la paz de su conciencia, junto con los cuidados conyugales de la señora Verloc y la respetuosa atención de la madre de la señora Verloc.

La madre de Winnie era una mujer obesa y asmática, con una gran cara morena. Usaba una peluca negra bajo una cofia blanca. Sus piernas hinchadas le impedían moverse. Presumía de ascendencia francesa, lo que podía ser cierto; y tras largos años de vida conyugal con un tabernero de lo más vulgar, se defendía en sus años de viudez alquilando habitaciones amuebladas a caballeros cerca de Vauxhall Bridge Road, en una plaza que había gozado en el pasado cierto esplendor y aún se encontraba en el barrio de Belgravia. Este detalle topográfico no dejaba de tener sus ventajas al anunciar las habitaciones; pero los clientes de la meritoria viuda no pertenecían exactamente a la clase elegante. Fuesen lo que fuesen, su hija Winnie ayudaba a cuidar de ellos. También en Winnie podían discernirse rasgos de la ascendencia francesa de la que se vanagloriaba la viuda. Resultaban aparentes en la disposición, sumamente cuidada y artística, de su pelo, negro y brillante. Winnie poseía también otros encantos: su juventud, sus formas, llenas y redondas; la blancura del rostro; el desafío de su insondable reserva, que nunca llegaba a impedir la conversación, llevada con animación por parte del huésped y con amabilidad indiferente por parte

de ella. El señor Verloc debía de ser susceptible a estas fascinaciones. El señor Verloc era un cliente esporádico. Iba y venía sin ninguna razón aparente. Por lo general llegaba a Londres (igual que la gripe) procedente del Continente, aunque llegaba sin que la prensa le anunciase; y sus estancias estaban reguladas con todo rigor. Se desayunaba en la cama y seguía holgando en ella con apariencia de tranquila satisfacción hasta el mediodía –y a veces hasta más tarde– día tras día. Pero cuando salía, parecía encontrar grandes dificultades en hallar el camino de vuelta a su hogar temporal en la plaza de Belgravia. Salía tarde y volvía temprano, tan temprano como las tres o las cuatro de la madrugada, y al despertarse a las diez charlaba con Winnie, que le traía la bandeja del desayuno, con cortesía humorística y cansada, con la voz ronca y débil de un hombre que ha estado hablando con pasión muchas horas seguidas. Sus ojos, saltones y de pesados párpados, miraban de lado, con amor e indolencia, las ropas de la cama alzadas hasta la barbilla, y el bigote, oscuro y suave, cubría sus gruesos labios, capaces de tan dulces gracias.

Según la madre de Winnie, el señor Verloc era todo un caballero. De su larga experiencia obtenida en «locales comerciales», la buena señora había conservado en su retiro el ideal de caballerosidad que representan los clientes de los reservados de las casas de bebidas. El señor Verloc se acercaba a aquel ideal; en realidad, lo encarnaba.

–Por supuesto, nos llevamos los muebles, madre –había anunciado Winnie.

Había que renunciar a la pensión. No parecía tener sentido continuar con ella. Hubiera sido demasiado engorroso para el señor Verloc. Un inconveniente para su otro nego-